

## Viernes Santo.



*Clamando ENUS con una voz muy grande, dijo: PADRE mio, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, espiró. ( S. Lucas. cap. XVI. )*

Hemos llegado al gran día de expiación: acabaron las figuras y las sombras; cesaron los sacrificios antiguos: Jesus, el Hijo unigénito del Padre, es el que hoy se ofrece en el ara de la cruz para aplacar su justicia: hoy se le ofrece una víctima correspondiente á la dignidad de un Dios ofendido, y capaz de satisfacer cumplidamente por el pecado del hombre. Ese Calvario lleno de sayones, ese lugar de dolor y de tormento, donde la inmaculada María llora los padecimientos crueles y la muerte afrentosa de su Hijo inocente, es el nuevo paraíso en que el hombre recibe por el segundo Adán una reparación mucho mas maravillosa que su creación, como lo canta nuestra madre la santa Iglesia diariamente en el santo sacrificio de la misa. ¡Qué grandes, qué estupendos, qué sorprendentes son los misterios que hoy celebra esa nuestra madre piadosa! ¡Cómo querría que todos sus hijos animados de los mismos sentimientos que quiere darnos á entender en sus santas ceremonias, no pensasen en este día en otra cosa que en la pasión y muerte del Salvador! ¡Católicos! qué, ¿será posible que cuando Jesucristo se ofrece por nosotros en la cruz como víctima de expiación, no tratemos de contribuir nosotros á ella con el sincero arrepentimiento de nuestras culpas? ¿Es posible que veamos con una fria indiferencia morir á Jesus por aquellos pecados de que nosotros solos somos los reos, y que él por su bondad infinita cargó sobre sus hombros inocentes para satisfacer por ellos á su Eterno Padre justamente irritado? ¿Seremos tan ingratos que ni aun siquiera agradezcamos á nuestro Divino Redentor tan generoso sacrificio? ¡Llegará á tanto nuestra maldad que lo ofendamos en este día dedicado á la memoria de la redención del género humano? ¿Con delicados banquetes, con el lujo, con la vanidad, convirtiendo en objetos de diversion los templos, las procesiones y las ceremonias sagradas de la Iglesia, y acaso en lugares para ofender á Dios, solemnizamos la festividad del Viernes Santo? ¿Este es el respeto que tenemos á un día cuya memoria no solo cada año, sino cada semana nos recuerda la santa Iglesia, consagrando todos los viernes al recuerdo de la pasión de Jesus, para que formasen una octava perpetua de su pasión y muerte, así como el domingo lo es de su resurrección?

Ningun día del año es mas respetable, ninguno, por decirlo así,



mas cristiano, ninguno mas distinguido. Su celebracion nació con la Iglesia. Todo el mundo es de parecer que los Apóstoles instituyeron aquellas fiestas, cuyos misterios pasaron á sus ojos. ¿Quién no ve, dice San Agustin, que la festividad de este dia precedió á todas las demas? Se puede decir que la Iglesia ha consagrado todos los viérnes del año para que sean como la octava perpetua de la fiesta y del misterio de este dia, así como todos los domingos son la octava del misterio de la resurreccion y del santo dia de Pascua. El Viérnes Santo lo debemos mirar como el gran dia de las misericordias del Señor, pues es en el que el Divino Salvador quiso por un exceso de amor incomprendible á todo criado entendimiento, sufrir los mas crueles tormentos, y expirar ignominiosamente en una cruz, para que, dice el sagrado texto, fuésemos curados con sus llagas, lavados en su sangre, justificados por la sentencia de su condenacion á muerte, y para que en su muerte hallásemos el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las expiaciones, pues es el dia en que Jesucristo expió con su sangre todos los pecados de los hombres. *El hombre* que no se afligiere en este dia de expiacion, decia el Señor, perecerá en medio de su pueblo. Quería Dios que en el dia destinado para las expiaciones de su pueblo, cada uno se excitase á afectos de dolor; y si por desgracia habia alguna alma tan endurecida, que no participase de la afliccion comun, mandaba fuese exterminada, y que no se le contase mas entre los de su pueblo. Este es el gran dia de las expiaciones: ¿por ventura no tiene Dios derecho para decir en este dia: El alma que no se afligiere en este dia perecerá? ¿Y que seria si al paso que el amor de un Dios se muestra tan sensible á nuestros intereses, nosotros fuéramos insensibles á sus penas? Esta insensibilidad ¿no seria un carácter visible de reprobacion?

Hoy se nos representa el fin de la antigua alianza y el principio de la nueva. La muerte de Jesucristo fué el nacimiento de la Iglesia, y la sepultura, por decirlo así, de la sinagoga: su sangre, como un diluvio de celestiales bendiciones, renovó toda la tierra, levantando un nuevo pueblo de Dios, y reprobando el antiguo. Por último, este es propiamente el único dia en que se observa, especialmente en las casas religiosas y aun entre seglares, la *Xerophagia*, es decir, el ayuno reducido á viandas secas, ó á raíces y yerbas, y muchos á pan y agua.

Desde los Apóstoles viene el no haber misa en este dia. El gran

duelo de la Iglesia y la muerte del Salvador, hacen que no se ofrezca el divino sacrificio. Antes que el oficio de la noche de pascua se adelantase al sábado, tampoco habia misa este dia por la misma razon: *En estos dos dias no se celebran los sacramentos*, dice el papa Inocencio I. El cuarto concilio de Toledo, tenido el año de 633, dice que el Viérnes Santo se cerraban en España las puertas de las iglesias, para significar la profunda tristeza y la afliccion en que estaba sumergida; ordena no obstante que se celebre el oficio, y se predique la pasion. Antiguamente el clero y el pueblo comulgaban el Viérnes Santo; esta costumbre ya no se observa sino en algunas antiguas abadías.

El oficio de este dia, que se ha sustituido en lugar de la misa, es uno de los mas augustos y mas tiernos; todo inspira compuncion, devocion y una religiosa tristeza: el espíritu del misterio y de la religion, se descubre y se hace sentir en todas sus ceremonias y en todas las oraciones. Para celebrar este divino oficio, se tiende sobre el altar un mantel sin doblez, que es la imágen de la sábana en que fué envuelto el cuerpo del Salvador despues de haberlo bajado de la cruz. El preste y los ministros, postrados boca abajo, testifican la amargura en que está sumergido su corazon, la cual debe ser comun en este dia á todos los fieles. Empieza leyendo dos Epístolas, la una del Profeta Oseas, y la otra del pasaje del Exodo en que Moises describe la ceremonia del Cordero pascual, como figura de Jesucristo inmolado en este dia por todos los hombres.

No hubo profecia mas clara, mas precisa, mas expresa de la muerte, de la resurreccion del Salvador y del establecimiento de la Iglesia, que la del Profeta Oseas: Esto dice el Señor, nos dice; en el exceso de su afliccion se darán prisa de recurrir á mí. Venid, dirán, volvamos al Señor. Nos ha castigado por nuestros pecados; espere mos que se ha de compadecer de nosotros; su justicia nos ha herido y su misericordia nos sanará. En el sentido alegórico, estos de quienes habla, son todo el género humano, que por el pecado atrajo sobre sí aquel diluvio de males, que por mas de cuatro mil años inundó toda la tierra, y no podia ser libertado de la esclavitud del pecado por otro, que por el mismo que lo habia condenado á ella. A la verdad era menester la sangre de un hombre Dios para curar todas las llagas del hombre; esto es lo que el Profeta nos predice, y se ha verificado en el misterio que celebramos. Este divino Salvador nos vivificará dentro de dos dias, dice el Profeta, y el tercero



nos resucitará; y despues viviremos delante de él; y no nos mirará ya sino con ojos propicios; será nuestro Dios, y seremos nosotros su pueblo; sabremos entónces por una fé viva quién es el Señor, y le seguiremos con ansia y con fidelidad, conociéndolo mas y mas cada dia. El se nos comunicará á nosotros, no ya entre rayos y truenos como en el monte Sinai, sino como un blando rocío de la primavera ó como una lluvia fecunda del otoño, que no caen sobre la tierra sino para hacerla fértil en flores y en frutos; su salida será semejante á la de la aurora, que inspira alegría á todas las cosas. Esta profecía, tomada en su sentido propio y literal, no se efectuó jamas rigurosamente entre los hebreos, dicen los intérpretes. Indútilmente se buscaria en la historia el número de los dos dias, despues de los cuales, el pueblo ó algun particular habia de recibir una nueva vida, y el tercer dia en que habia de resucitar. En esto insinuaba Oseas la resurreccion de los fieles redimidos con la sangre de Jesucristo, y señalaba de la manera mas expresa la resurreccion del mismo Salvador, que como dice San Pablo, nos dió la vida cuando estábamos muertos por nuestros pecados; y nos resucitó consigo, y nos hizo sentar en el cielo á su derecha. A este lugar del Profeta hace sin duda alusion el Apóstol cuando dice que el Salvador resucitó al tercero dia conforme á las Escrituras. Se dejará ver el Salvador, continúa el Profeta, como la aurora; en su resurreccion fué aquel sol saliente que disipó todas las tinieblas del error y de la idolatría. Vendrá á nosotros como una lluvia que cae á tiempo sobre una tierra seca que sin ella jamas hubiera llevado fruto. La Judea estaba dividida en dos reinos desde la muerte de Salomon: el de Judea que solo comprendia dos tribus, y el de Israel que comprendia las otras diez; y porque Jeroboan, el primer rey de las diez tribus, era de la tribu de Efraim, se entendié hablar Dios á todos los judíos, cuando á las dos tribus principales les dice por su Profeta: ¿Qué me podeis pedir á vista de lo que acabo de hacer? Como si dijera: La muerte del Mesías dará fin á vuestra cautividad, y su resurreccion os dará una nueva vida. ¿Qué mayor maravilla podeis esperar de mi bondad? Si yo no hubiese mirado sino á vuestras oraciones, á vuestras obras de caridad tan poco constantes, á vuestra penitencia tan superficial, jamas hubiera resplandecido tanto mi misericordia y mi compasion para con vosotras; á mi sola bondad debeis una tan grande maravilla. Por mas que os he amenazado por mis Profetas y os he predicho todos los males con que

he resuelto castigar vuestras impiedades, no por eso sois ménos indóciles. Aprende, ingrato; sábet que yo prefiero el sacrificio del corazon y la caridad, á todos vuestros sacrificios; y que la ciencia y el conocimiento que se tiene de Dios por la fé me es mas agradable que todos los holocaustos que me podeis ofrecer.

La segunda Epístola está sacada del Exodo. Gemian largo tiempo hacia los israelitas bajo la opresion de los egipcios, cuando movido Dios de los clamores de su oprimido pueblo, envió á Moises á Egipto para intimar de su parte al rey Faraon, que pudiese en libertad á su pueblo. Moises, acompañado de su hermano Aaron, se presentó delante del rey, le declaró la orden de Dios; y habiéndose negado éste á lo que se le mandaba, lo hirió á él y á su reino con muchas plagas, conforme el poder y orden que habia recibido del Señor. Habiéndose endurecido Faraon, se obstinó en no dejar ir á los israelitas; pero Dios, ántes de descargar el último golpe que debia romper sus cadenas, ántes de hacerlos salir de aquella larga cautividad, mandó á Moises les dijese que se dispusieran para celebrar la pascua, es decir, el tránsito ó paso del Señor. Esta Epístola contiene lo que Dios ordenó á Moises tocante á esta famosa ceremonia.

El mes en que estais será en adelante para vosotros el primer mes del año, les dijo; esto era hácia el equinoccio de la primavera, al cual se fijó desde entónces el principio del año santo de los israelitas. El décimo dia de este mes, dice el Señor, se tomará un cordero por familia; y si la familia no es bastante para comerse un cordero, junto de la parentela ó de la vecindad el número de personas que sean bastantes para cumplir con esta ceremonia. Este número se determinó que llegase por lo ménos á diez. El cordero pascual no debe tener mas de un año, no ha de tener mancha ni deformidad alguna. Los Apóstoles y los Padres de la Iglesia nos hacen advertir la perfecta semejanza entre el cordero pascual y Jesucristo, que es el solo Cordero sin mancha, inmolado por nosotros en la cruz, el cual por su sangre nos libró de la esclavitud del pecado, nos puso á cubierto del ángel exterminador, y sirve aún todos los dias de alimento á los fieles en el sacramento de la Eucaristía. Lo guardaréis, dice el Señor, hasta el dia catorce de este mes. Llamábase aquel mes Nisan y correspondia á nuestro mes de Marzo; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Esta inmolacion del cordero pascual era una figu-



ra bien expresa del sangriento sacrificio del Salvador. Se tomará de su sangre, añáde el Señor, y se pondrá sobre los dos postes, es decir, á los dos lados y encima de las puertas de las casas donde lo comieren, para que el ángel que ha de matar á los primogénitos de los egipcios, no entre en las casas que tuviesen esta señal. No era esto, dicen los padres, porque los ángeles tuviesen necesidad de esta señal para distinguir las casas de los hebreos de la de los egipcios; pero era necesario hacer comprender por alguna cosa sensible á aquel pueblo grosero, la protección especial con que miraba Dios á sus familias. San Jerónimo parece decir, que con aquella sangre se hacía una señal de la cruz; lo cierto es que la sangre del cordero pascual era figura y símbolo de la sangre de Jesucristo, que nos libra mucho mas eficazmente del poder del ángel exterminador; y poniéndonos á cubierto de la indignacion de Dios, nos hace dignos de su misericordia. Hareis asar este cordero, continúa el Señor; no comereis nada de él crudo ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego; os comereis la cabeza juntamente con los piés y los intestinos; debe consumirse todo, aquella noche, sin que reserveis nada para el día siguiente; y si quedara alguna cosa, se quemará y se reducirá á cenizas, para que no se profane. Lo comereis con panes sin levadura y con lechugas silvestres. Cuando lo comais tendreis ceñidos los riñones, calzados los piés, y con báculos en las manos, como unos caminantes prontos á partir, y lo comereis de prisa, porque es la pascua, esto es, el paso del Señor. Todo es misterioso, todo figura en esta famosa ceremonia descrita tan por menor: jamas hubo una figura de Jesucristo inmolado por nosotros en la cruz, mas expresa, mas significativa y mas simbólica, que esta inmolacion del cordero pascual con todas sus circunstancias, á la salida de los israelitas de Egipto. Es el tránsito ó paso que el Señor ordena haga su pueblo de la cautividad en que vivia á un estado libre, de Egipto á la tierra de promision; y por Jesucristo inmolado, del estado servil del pecado, al dichoso estado de la gracia. Es evidente que la milagrosa libertad que consiguieron los judíos en esta primera pascua, no era sino figura de la libertad del linage humano de la servidumbre del pecado, por la muerte de Jesucristo, cuya memoria celebramos hoy. La sangre del cordero pascual preservó á los hebreos de la mortandad que se hizo aquella misma noche en las casas de los egipcios; y la sangre de Jesucristo, dijo San Pablo, nos libró de la indignacion de su Padre. El es, segun San Pedro,

como el cordero sin mancha y sin deformidad, cuya sangre nos ha salvado. El mismo para cumplir en su persona lo que estaba predicho de él bajo la figura del cordero pascual, él mismo fué á Jerusalen á ponerse en las manos de los que habian de inmolarlo el día diez de la luna, esto es, el mismo día que debian, segun la ley, proveerse de un cordero. Fué inmolado el día catorce, y expiró en la cruz á la misma hora que se empezaba aquel mismo día la inmolacion del cordero pascual. No se le rompieron las piernas, como se acostumbraba hacer con todos los que se crucificaban; y esto se hizo, dice San Juan, para que se cumpliese la Escritura que prohibia romperle hueso alguno al cordero pascual. Comfase para que se acordaran, dice la Escritura, del paso ó tránsito del Señor. Nosotros comemos á Jesucristo despues de haberlo ofrecido á su Padre en el sacrificio de la misa, que es la continuacion real del sacrificio de Jesucristo en la cruz. El pan sin levadura, es decir, insipido, y las lechugas silvestres y amargas con que se comia el cordero pascual, dan bastantemente á entender que la mortificación debe acompañar siempre así á la sagrada comunión, como á la celebracion del divino sacrificio; este es uno de los frutos que debe producir la memoria de la celebracion del doloroso misterio de la pasion del Señor.

Acabadas estas dos Epístolas se lee la historia de la pasion segun San Juan. Todo pasma en la pasion de Jesucristo; pero sobre todo es incomprendible, así la rabia y la inhumanidad de los judíos, como el amor y la paciencia del Salvador. En medio de aquella infinidad de crueldades y de oprobios, ¿quién no hubiera creído que solo la vista de aquel Hombre Dios en el espantoso estado á que lo habia reducido la barbarie de los que lo azotaron, los cuales habian hecho de todo su cuerpo una sola llaga, no hubiera creído que este espectáculo habia de haber dejado satisfecha la rabia y el furor que aquel pueblo cruel habia concebido contra un hombre divino, que no les habia hecho sino bien, y que habia obrado en favor de ellos tantas maravillas? Sin embargo, un objeto tan lastimoso solo sirve para irritar mas y mas su crueldad; aquella sangre que corre de todas partes, inflama su rabia en lugar de apagarla. No bien ha sido condenado á muerte contra toda justicia, cuando cada uno quiere tener parte en la ejecucion de aquella injusta sentencia. ¡Con qué barbarie se arrojan aquellos furiosos sobre este divino Cordero! La sangre habia pegado á su cuerpo la vestidura de púrpura de que lo habian vestido por escarnio: se tira con violencia de



esta vestidura, y con ella le arrancan muchos pedazos de carne: le vuelven á poner sus vestidos, para que fuese ménos desconocido, y aunque está sumamente débil y apurado de fuerzas, le cargan no obstante la cruz, cuyo peso le hace caer repetidas veces. Bien se echa de ver que todo es extraordinario en la pasion de Jesucristo. ¿A quién por bárbaro que fuese, le ocurrió jamas hacer que un reo llevase á cuestas su cadalso? ¿Pero quién jamas se hubiera atrevido á poner una carga tan pesada á un hombre, sobre todo, estando tan aniquilado con tantos tormentos, de los cuales muchos eran mas que bastantes para quitarle la vida? Pero por mas débil y falto de fuerzas que esté el Salvador, quiere llevar él mismo su cruz, para hacernos ver la indispensable necesidad que tenemos todos de llevar la nuestra. Sale Jesus de Jerusalem con aquella pesada carga sobre sus hombros, titubea bajo de su peso, cede á él, y cae sobre sus rodillas á cada paso; necesita de un nuevo milagro para no expirar bajo de aquel enorme peso; parece que ya para él no tiene lugar la compasion: no le alcanza ningun sentimiento de humanidad: cuanto mas se le ve padecer, tanto mas se desea verle sufrir, tanto mas se discurre como hacerle sufrir nuevos tormentos. Llega en fin al lugar destinado á servir de altar al mas santo de todos los sacrificios. Lo desnudan allí segunda vez, y tirando con violencia de sus vestidos, se vuelven á abrir todas sus heridas; tiéndenlo sobre la cruz, y por un exceso de crueldad casi desconocido hasta entónces á los mas crueles tiranos, le atraviesan los piés y las manos con gruesos clavos, que á grandes golpes de martillo hacen entrar hasta en la cruz en que descansa y que lo sostiene. ¡Concibamos, si es posible, lo que Jesucristo padece! Pero qué tormento, Dios mio, qué exceso de dolores, cuando levantan la cruz y la dejan caer en el agujero que habian hecho en una peña! ¡Qué doloroso estremecimiento este para aquel cuerpo, á quien su peso arrastra hácia abajo, y que no obstante queda colgado de tres clavos! ¡Cuán ta verdad es que morir en la cruz es morir tantas veces cuantos momentos se vive en ella! ¡Triste y cruel estado! Sin embargo Jesucristo pasa tres horas en él. Entónces fué, como dice San Pablo, cuando el Salvador de los hombres, estando clavado en la cruz, clavó en ella el decreto ó cédula de nuestra condenacion, borrándola con su sangre; entónces fué cuando desarmó las potestades y los principados, quitándoles sus despojos, y triunfando de ellos en su persona á vista de todo el mundo.

¡Pero á lo ménos fué entónces plañido, fué compadecido de la multitud que habia acudido á aquel espectáculo? De ningun modo: lo mismo fué ser levantado en alto el Salvador á vista de todo aquel pueblo, que verse insultado, cargado de oprobios, de ultrages y de maldiciones; las imprecaciones y las blasfemias parece se hicieron para él solo. ¡Qué paciente se vió jamas cargado de execraciones y de injurias en el cadalso en que se le veia espirar? Todo es singular, todo inaudito, todo increible en la muerte del Salvador. Pero lo que da todavia mas golpe, es su mansedumbre, es su paciencia, es su caridad; pide á su Padre por los que le hacen morir, *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*; muere por ellos, y les solicita el perdon. Es un Dios quien padece, quien muere; pero que padece y muere como Dios; una paciencia tan prodigiosa, una mansedumbre tan extraordinaria mueve y entornece á uno de los dos criminales que morian á sus dos lados. ¡Dichosa conversion! pero única. ¡Ah, Señor! el dia de vuestras grandes misericordias, el mismo dia que morias por la expiacion de todos los pecados y por la salvacion de todos los hombres, de dos pecadores que habian diferido hasta aquel punto su conversion, ambos á dos á vuestro lado, uno y otro salpicado de la sangre que corria de vuestras llagas, solo uno se convierte, solo uno se salva y el otro se condena! ¡Quién puede diferir hasta la muerte su penitencia y lisonjearse que morirá penitente?

La Santísima Virgen tenia demasiada parte en este sacrificio, y amaba con bien singular ternura á su querido Hijo, para abandonarlo en esta extremidad. ¡Quién puede concebir cuál fué el dolor del Hijo y de la Madre en tan afligidas circunstancias? Aquí fué donde la predicacion de Simeon se verificó á la letra; aquí fué donde el alma de María fué traspasada de una espada, que la hizo padecer un dolor mas amargo que la muerte. En fin, viendo el Salvador en medio de los dolores, de las humillaciones, de los oprobios de que estaba harto, que los decretos del cielo se habian ejecutado, que la justicia divina estaba plenamente satisfecha, que todos los oráculos de los Profetas estaban verificados, que la grande obra de la redencion estaba cumplida, pagadas todas las deudas de que los hombres eran responsables á la justicia divina, y satisfecho su extremado amor á estos mismos hombres, dijo con una fuerte voz: *Todo está consumado*; y al mismo tiempo bajando la cabeza para consumir su sacrificio, puso su alma como en depósito en las



manos de su Padre, diciéndole: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*; y acabado de decir esto expiró. Apenas muere el Salvador cuando la tierra universalmente toda tiembla; las piedras unas con otras se chocan; el velo que separaba las dos partes del templo, se rasgó por en medio. Este rasgarse el velo, denota bastante el entero cumplimiento de lo que significaban las figuras de la Ley antigua, que el cielo se nos había abierto por la muerte de Jesucristo; que se habían disipado las sombras de la Ley; que la antigua alianza con el pueblo judaico se había roto por el deicidio: que al pueblo cristiano se le iba á dar la inteligencia de los mas grandes misterios de la religion, por las luces de la fé. San Efrén dice que al rasgarse el velo se vió salir una paloma de lo interior del santuario, como para significar que el Espíritu Santo abandonaba un templo en que Dios no había de ser ya adorado en espíritu y en verdad. Abriéronse muchos sepulcros con el terremoto que sucedió al tiempo que murió el Salvador; pero se cree que los cadáveres no resucitaron sino despues de la resurreccion de Jesucristo, que debía ser el primero de entre los muertos. A vista de tantas maravillas los corazones mas endurecidos se movieron y se ablandaron. Los judíos se retiraron, dándose golpes de pecho, y detestando su endurecimiento y su error; y el centurion, que era el oficial que había quedado con algunos soldados para impedir que se llevasen el cuerpo de Jesus, asombrado de un espectáculo tan maravilloso, no pudo ménos que exclamar: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios.*

La Iglesia en este dia, á ejemplo de Jesucristo, ora solemnemente por toda suerte de estados y condiciones, así por sus hijos, como por sus mayores enemigos; y estas oraciones se llaman solemnes ó sacerdotales; á todas precede una genuflexion (ménos cuando se ora por los judíos) para hacerlas mas eficaces por este acto de humildad. La primera de estas oraciones es por la Iglesia en general; la segunda por el papa; la tercera por los obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, y por todos los demas órdenes de clérigos inferiores, por los confesores de la fé, por las vírgenes, por las viudas y por todo el pueblo de Dios; la cuarta es por el rey ó por el soberano del pais en que se está; la quinta por los catecúmenos ó por los que se disponen para el bautismo; la sexta es para pedir á Dios que purgue el mundo de todos los errores, que preserve á su pueblo de enfermedades, de hambre y de todos los demas azotes; que

ponga en libertad á todos los esclavos y presos; que asista á los caminantes y haga llegar felizmente al puerto de seguridad á todos los que están en la mar; la séptima por los hereges y cismáticos, para que Dios se digne disipar las tinieblas de su entendimiento y de su corazon, y abrirles los ojos para que vuelvan al seno de la Iglesia; la octava es por los pérfidos judíos, pidiendo á Dios les quite el espeso velo que los hace ciegos y obstinados, y que haga que reconozcan en fin por su divino Salvador á Jesucristo, al cual siempre han rehusado reconocer. Esta oracion es la única en que no se dobla la rodilla, á causa de la impiedad con que este pueblo la dobló por irrision delante del Salvador, ultrajándole y tratándole con sus irrisorias genuflexiones como á rey de teatro ó de burlas; la nona y última es por los paganos; en ella se pide al Señor que destruya en todo el universo las reliquias del paganismo, que condenan todavía á tantos desventurados pueblos como el demonio tiene todavía en sus lazos.

Acabada la lectura de las profecias y la historia de la pasion del Salvador, en lo cual consiste la primera parte del oficio, y leidas estas oraciones solemnes, que constituyen la segunda, se sigue la adoracion de la cruz, que hace la tercera parte del oficio de este dia. El preste, teniendo en sus manos la cruz cubierta con un velo, descubre una parte de ella á la extremidad del altar, al lado de la Epistola; otra parte un poco mas adelante, y finalmente, llegando al medio del altar, la descubre enteramente, diciendo cada vez: *Ved aquí al leno de la cruz, en el cual estuvo pendiente aquel que es la salud del mundo*: á lo cual se responde: *Venid, adorémosle*. Esta santa ceremonia de descubrir la cruz en tres diferentes parages, significa, dice el abad Ruperto, que el misterio de la cruz, el cual fué un escándalo para los judíos y una necesidad para los gentiles; pero que respecto de los cristianos es la fortaleza y la sabiduria de Dios, nos fué revelado despues de haber estado oculto por tantos siglos; y que este adorable misterio, que no se predicó al principio sino en un rincón de la Judea, se anunció despues públicamente en toda la provincia, y por último en toda la redondez de la tierra. En la solemne adoracion de la cruz se hacen tres genuflexiones, como para reparar con estos tres actos de religion los tres insignes desprecios, y por decirlo así, las tres solemnes irrisiones, las tres afrentas que se hicieron á Jesucristo, la primera en casa de Caifás, donde fué tratado como si fuera un falso profeta y un insignie seductor la se-



gunda en el pretorio y en la corte de Herodes, donde fué mirado como un rey imaginario y tratado de insensato: la tercera en el Calvario, donde fué mirado como el mas malvado de todos los impostores, y como quien habia tenido la temeridad de atribuirse la augusta calidad de Mesías, de Hijo de Dios y de Salvador.

La palabra *adoracion de la cruz* es comun entre griegos y latinos desde los primeros siglos de la Iglesia; y solo despues del nacimiento de las nuevas heregías, han afectado escandalizarse de ella los enemigos de la Iglesia. Ninguna cosa es mas comun entre los fieles, que saber y estar bien persuadidos á que el culto supremo no es debido sino á solo Dios, y que no adoramos sino á Jesucristo cuando nos postramos delante de la cruz en que este Señor fué clavado. Lo que hace el principal objeto de nuestro culto, es aquel cuerpo adorable unido hipostáticamente á la divinidad, es aquella sangre preciosa en que fué teñida la cruz. Seria una idolatría referir la adoracion al leño en sí mismo y separado de Jesucristo, pues este leño no es Dios, y solo Dios debe ser el objeto de nuestro culto supremo.

Cuando la Iglesia dice el dia de hoy al mostrar la cruz á todo el pueblo: *Venid, adoremos*; cuando canta *Adoremos tu cruz, Señor*; por estas palabras no pretende adorar con culto de latria á la cruz por sí misma, sino á Jesucristo clavado en la cruz. Bastante se ha explicado la Iglesia sobre esto siempre que se ha ofrecido ocasion; y atribuirle otra doctrina sobre este punto, es ignorancia ó malicia, y siempre una de las mas atroces calumnias; y así no debemos juzgar de la fé de la Iglesia por la palabra *adorar*, la que puede tener muchos sentidos, sino por el sentido que la Iglesia misma la da, y por la declaracion solemne que hace de su creencia. Ella misma, por último, ha protestado siempre, que no adoraba sino á solo Dios en la cruz, y que toda otra adoracion, así á la cruz como á otras cosas inanimadas, era una adoracion respectiva.

No se duda que la adoracion de la cruz en el Viérnes Santo es de tradicion apostólica. Los padres de la primera antigüedad y concilios asimismo muy antiguos, hablan de ella como de una ceremonia de piedad establecida en toda la Iglesia. Adorar la cruz del Salvador, era una de las reconvençiones que Juliano Apóstata les hacia á los cristianos. Tertuliano, Minucio Félix, San Cirilo Alejandrino dicen, que los paganos acusaban á los cristianos de que adoraban la cruz, y se encuentran pruebas ciertas de la tradicion de la

Iglesia sobre este punto en San Crisóstomo, San Gerónimo, San Leon, San Gregorio, Teodoro y en otros muchos. ¿Pero con qué sentimiento de religion, con qué respeto y con qué efectos de amor, de contricion y de devocion la mas tierra debemos nosotros hacer el dia de hoy esta adoracion de la cruz, y besar las sacratísimas llagas de nuestro Señor, pues somos nosotros los que se las hemos hecho, y el Señor no las conserva sino como unas señales eternas del exceso de su amor para con nosotros?

En muchas iglesias se estaba con los piés descalzos todo el tiempo que duraba el oficio del Viérnes Santo, y esto no solo comprendia á los sacerdotes, á los monges y á la demas clerecía; sino tambien al pueblo. El oficio de este dia concluye con la procesion triste y patética, en que se trae la hostia consagrada que se reservó el dia anterior; la que consume hoy el preste, habiéndola ántes elevada para la adoracion del pueblo. Despues de la sumpcion el preste y los ministros se retiran en silencio, habiendo usado en todo el oficio de ornamento negro.

*La primera Epistola es del capítulo VI del profeta Oseas.*

Esto dice el Señor: En su afliccion se levantarán á la mañana para venir á mí. Venid, volvamos al Señor; porque él nos cautivó, y nos salvará: nos hirió, y nos curará. Nos dará vida despues de dos dias: al tercero dia nos resucitará, y viviremos en su presencia. Sabremos y seguiremos, de modo que conozcamos al Señor. Como el alba, está aparejada su salida, y vendrá á nosotros como la lluvia á la tierra en la primavera y en el otoño. ¿Qué haré á tí, Efrain? ¿Qué haré á tí, ó Judá? Vuestra misericordia es como la nube de la mañana, y como el rocío que pasa á la madrugada. Por esta causa los acepillé por medio de los profetas, y los maté con las palabras de mi boca: y tus juicios saldrán como la luz. Porque quise la misericordia y no el sacrificio, y la ciencia de Dios mas que los holocaustos.

*La segunda Epistola es del capítulo XII del libro del Ezeo.*

En aquellos dias dijo el Señor á Moises y Aaron en tierra de Egipto: Este mes será para vosotros el principio de los meses, y el primero entre los meses del año. Hablad á todo el ayuntamiento de los hijos de Israel, y decidles: A los diez dias de este mes tomen todos un cordero por familia y casa. Mas si fueren ménos las per-



sonas, de suerte que no basten á comer el cordero, convidará al vecino mas cercano de su casa, segun el número de las personas que bastaren para comer el cordero. El cordero no tendrá mácula, será macho de un año: lo mismo observareis si el que tomáreis fuese cabrito. Y lo guardareis hasta el dia catorce de este mes, en cuya tarde le sacrificará toda la muchedumbre de los hijos de Israel. Y tomarán su sangre, y la pondrán sobre los dos postes y en los dinteles de las puertas de las casas en que le comieren. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego y panes sin levadura, y lechugas silvestres. Ninguna cosa en él comereis cruda, ni cocida con agua, sino solo asada al fuego: comereis la cabeza y los piés, y los intestinos, sin dejar cosa ninguna de él para la mañana: si algo quedare, lo quemareis en el fuego, y así lo comereis: ceñireis vuestros lomos, tendreis el calzado en los piés, y báculos en las manos: y le comereis apresuradamente: porque es el Phase (esto es, el tránsito) del Señor.

## PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGUN SAN JUAN.

(Capítulo XVIII)

En aquel tiempo salió Jesus con sus discípulos á la otra parte del arroyo de Cedrón; donde habia un huerto, en el cual entró él y sus discípulos. Y Judas que le entregaba, sabia tambien aquel lugar; porque Jesus habia ido allí muchas veces con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado tropa y los ministros que le enviaron los pontífices y los fariseos, fué allá con linternas, con hachas y con armas. Mas Jesus, sabiendo lo que le habia de suceder, se adelantó, y les dijo: † ¿A quién buscáis? C. Respondieronle. S. A Jesus Nazareno. C. Dices Jesus: † Yo soy. C. Estaba tambien con ellos Judas, el que lo entregaba. Luego pues que Jesus les dijo: Yo soy, volvieron atras y cayeron en tierra. Volviolos pues á preguntar: † ¿A quién buscáis? C. Y ellos dijeron. S. A Jesus Nazareno. C. Respondió Jesus. † Os he dicho que yo soy. Si me buscáis pues á mí, dejad ir á estos. C. Para que se cumpliese la palabra que habia dicho: de los que me entregaste, ninguno de ellos perdí. Mas Simon Pedro que tenia una espada, la sacó, é hirió á un criado del pontífice, y le cortó la oreja derecha. Y el criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesus á Pedro: † Mete tu espada en la vaina: ¿no

he de beber el cáliz que me dió el Padre? C. Entonces los soldados y el tribuno y los ministros de los judios prendieron á Jesus, y le ataron, y lo llevaron primero á la casa de Anas, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año. Y Caifás era el que habia dado el consejo á los judios, que era necesario que un hombre muriese por el pueblo. Iba Simon Pedro y otro discípulo siguiendo á Jesus. Aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesus en el átrio del pontífice. Mas Pedro quedó fuera á la puerta. Y salió aquel discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la portera, é hizo entrar á Pedro. Mas la criada portera dijo á Pedro: S. ¿Eres tú por ventura tambien de los discípulos de ese hombre? C. El respondió: S. No lo soy. C. Los criados y los ministros estaban al fuego, y se calentaban, porque hacia frio: y Pedro estaba tambien en pié con ellos calentándose. El pontífice, pues preguntó á Jesus por sus discípulos y doctrina. Jesus le respondió: † Yo he hablado al mundo públicamente: yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judios: y nada he hablado ocultamente. ¿Qué me preguntas á mí? pregunta á los que han oido lo que les he hablado, que ellos saben lo que he dicho. C. Apenas dijo esto, cuando uno de los ministros que estaban allí, dió una bofetada á Jesus, diciendo: S. ¿Así respondes al pontífice? C. Respondióle Jesus: † Si he hablado mal, muéstrame en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me hieres? C. Y Anas le envió atado al pontífice Caifás. Estaba, pues, Simon Pedro en pié calentándose, y le dijeron: S. ¿Acaso eres tú tambien de sus discípulos? C. El lo negó, y dijo: S. No lo soy. C. Uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro cortó la oreja, le dijo: S. ¿Por ventura no te ví yo en el huerto con él? C. Mas Pedro lo negó otra vez, y en el mismo punto cantó el gallo. Condujeron, pues, á Jesus desde la casa de Caifás al pretorio. Y esto era por la mañana; y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, y por poder comer el cordero pascual. Salíó entonces Pilato fuera á ellos, y dijo: S. ¿Qué acusacion trais contra este hombre? C. Ellos le respondieron, y dijeron: S. Si este no fuera malhechor, no te le hubiéramos traído. C. Dijoles entonces Pilato: S. Tomadle vosotros, y juzgadle segun vuestra ley. C. Mas los judios le respondieron: S. A nosotros no nos es lícito quitar la vida á nadie. C. Para que se cumpliese la palabra que habia dicho Jesus, cuando dió á entender de qué muerte habia de morir. Entró, pues, otra vez Pi-



lato en el pretorio, y habiendo llamado á Jesus, le dijo: *S.* ¿Eres tú Rey de los judíos? *C.* Jesus le respondió: † ¿Dices tú esto de tí mismo ó te lo han dicho otros de mí? *C.* Pilato le replicó: *S.* ¿Acaso soy yo judío? Tu nacion y los pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho? *C.* Respondió Jesus: † Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros sin duda pelearian para que no fuese yo entregado á los judíos; mas mi reino no es de aquí. *C.* Díjole entónces Pilato: *S.* ¿Segun esto, tú eres Rey? *C.* Respondió Jesus: † Tú dices que soy yo Rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. *C.* Dícele Pilato: *S.* ¿Qué cosa es verdad? *C.* Y dicho esto volvió de nuevo á los judíos, y diceles: *S.* Yo no hallo en el ningun delito. Mas vosotros teneis por costumbre que yo os suelte uno en la pascua, ¿quereis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? *C.* Entónces gritaron todos de nuevo, diciendo: *S.* No á este, sino á Barrabas. *C.* Barrabas era un ladrón. Pilato, pues, tomó entónces á Jesus, y lo hizo azotar. Y los soldados entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y le pusieron un vestido de púrpura. Y se acercaban á él, y le decian: *S.* Dios te salve, Rey de los judíos. *C.* Y le daban de bofetadas. Pilato, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: *S.* He aquí os le traigo fuera, para que sepais que no hallo en él ningun delito. *C.* Y salió Jesus fuera, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura: y dícele Pilato: *S.* Ved aquí el hombre. *C.* Y como le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: *S.* Crucifícale, Crucifícale. *C.* Dícele Pilato: *S.* Tomadle vosotros, y crucifícale; porque no hallo en él delito. *C.* Los judíos le respondieron: *S.* Nosotros tenemos ley, y segun la ley debe morir; porque se ha hecho Hijo de Dios. *C.* Pues como Pilato oyó estas palabras, se intimidó mas; y entró otra vez en el pretorio, y preguntó á Jesus: *S.* ¿De dónde eres tú? *C.* Mas Jesus no le respondió. Entónces Pilato le dijo: *S.* ¿Qué, no me respondes? ¿No sabes que tengo poder para crucifícarte, y que tengo poder para librar-te? *C.* Respondió Jesus: † No tendrias sobre mí ningun poder, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado á tí tiene mayor pecado. *C.* Desde entónces buscaba Pilato algun medio para librarle. Mas los judíos gritaban, diciendo: *S.* Si dejas libre á este, no eres amigo de Cesar; porque todo aquel que se hace rey, se declara contra Cesar. *C.* Pilato, pues, habiendo oido estas

rázones, sacó fuera á Jesus: y se sentó en su tribunal en el lugar que se llama *Lithóstrotos*, y en hebreo *Gábbatha*. Y era la parasceve de la pascua, y como la hora sexta, y dijo á los judíos: *S.* Ved aquí vuestro rey. *C.* Mas ellos gritaban: *S.* Quita, quita, crucifícale. *C.* Dícele Pilato: *S.* ¿A vuestro rey he de crucifícar? *C.* Respondieron los pontífices de los sacerdotes: *S.* No tenemos mas rey que á Cesar. *C.* Entónces se le entregó para que le crucificasen. Y tomando á Jesus le llevaron. Y él llevando su cruz, se encaminó hácia el lugar llamado de la Calavera, y en hebreo *Gólgota*, donde le crucificaron, y con él á otros dos de una parte y de otra, y á Jesus en medio. Pilato escribió tambien un título, el cual hizo poner sobre la cruz; y el escrito era: Jesus Nazareno, Rey de los judíos. Y muchos de los judíos leyeron este título: porque el lugar donde crucificaron á Jesus, estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Y decian á Pilato los pontífices y los judíos: *S.* No escribas: Rey de los judíos: sino que él dijo: Rey soy de los judíos. *C.* Respondió Pilato: *S.* Lo que he escrito, he escrito. *C.* Los soldados despues de haberle crucificado, tomaron sus vestidos (y los dividieron en cuatro partes, una para cada soldado), y la túnica. Esta no tenia costura, sino que toda era tejida de alto abajo. Por lo cual dijeron entre sí: *S.* No la partamos, mas echémola á suerte á quien toque. *C.* Para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes. Y esto fué lo que hicieron los soldados. Y estaban junto á la cruz de Jesus su Madre, y la hermana de su madre María de Cleofas, y María Magdalena. Y como vió Jesus á su Madre, y junto á ella al discípulo que amaba, dice á su Madre: † Muger, he ahí á tu Hijo. *C.* Despues dice al discípulo: † He ahí tu madre. *C.* Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo. Despues de esto sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: † Sed tengo. *C.* Estaba allí puesto un vaso lleno de vinagre, y ellos empaparon en él una esponja y la envolvieron en una vara de hisopo, y se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesus tomó el vinagre, dijo: † Cumplido está. *C.* E inclinándose la cabeza, entregó el espíritu. (*Hincanse de rodillas y hacen una breve pausa.*) Mas los judíos, por cuanto era la parasceve, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el Sábado (porque era muy solemne aquel dia de Sábado), rogaron á Pilato que les rompiesen las piernas, y que los quitasen. Vinieron pues los soldados,



y quebraron las piernas al primero y al otro que habia sido crucificado con él. Mas como vieron á Jesus, viéndole ya muerto, no le rompieron las piernas. Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza: y al punto salió sangre y agua. Y el que lo vió dió testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad: para que vosotros tambien creais. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No quebrantareis ninguno de sus huesos. Y tambien otra Escritura dice: Verán al que traspasaron. Despues de esto José de Arimatea, que era discípulo de Jesus, aunque oculto por temor de los judios, rogó á Pilato que le permitiese quitar el cuerpo de Jesus: y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesus. Vino tambien Nicodemo, el que la primera vez habia ido á buscar á Jesus de noche, trayendo una composicion como de cien libras de mirra y de aloe. Y tomaron el cuerpo de Jesus, y le envolvieron en lienzos con aromas, como los judios acostumbraban enterrar. Habia un huerto en el lugar donde habia sido crucificado, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el qual aun no habia sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la parascève de los judios, porque aquel sepulcro estaba cerca, depositaron á Jesus.

#### MEDITACION.

*Las virtudes de Cristo en su Pasion nos dan á conocer su divinidad y sus calidades de mediador y pontífice.*

Considera que Jesucristo en el calvario manifiesta su divinidad de un modo tan grandioso y convincente, como en el resplandor de su gloria, porque las admirables virtudes que desarrolló en la tolerancia de tan acerbos dolores, de tan atroces injurias y sensible desamparo, y de una muerte tan injustamente decretada como cruelmente inferida, no podian ser de un hombre comun, cuya fortaleza y virtud no alcanza á sufrir sin alteracion una mínima parte de lo que padeció el Salvador. Su cuerpo estaba formado precisamente para padecer, esto es, dotado de una sensibilidad suma y tan particular, que excedía incomparablemente á la del cuerpo mas delicado, y sentia cada dolor en toda su agudeza, sin que la repeticion de los tormentos enervase la sensacion, ó embotase la nueva herida el dolor que habia causado la anterior. Así tambien padeció una clase de penas sin dejar de sentir la especie de tormento ó de amargura que otra le ocasionaba: él padeció en su fama, en su honor, en

su cuerpo, en su corazon, en su espíritu. Sintió el rigor de la pobreza; padeció desconuelo de la insensibilidad de los hombres mismos por quienes padecía. "Busqué quien me consolase, y no le hallé," dijo el mismo Señor por su Profeta. "Veia," añade, "á una parte y á otra, y no habia quien me conociese." De su mismo Padre se vé desamparado, siéndole tan sensible, que no puede ménos de quejarse, diciendo: ¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has desamparado? ¿Mas quién es capaz de conocer á fondo todo lo que padeció el Salvador en aquellas pocas horas? No hubo sentido en su cuerpo que no tuviese su especial tormento: no hubo clase ó condicion de personas que no lo ultrajase ó le ocasionase alguna pena: no hubo mal de pena que no le aquejase; y todo en tanta inmensidad y con tan suma amargura, que para denotármolo de algun modo dijo por su Profeta: "Circundáronme dolores de infierno: los lazos de la muerte se tendieron para mí por todas partes." Y bien, ¿qué hace el Señor omnipotente en un abismo de males de que puede librarse en cuanto quiera? ¿Se libra de las manos de sus verdugos? ¿Vibra rayos del cielo que los destruyan! ¿Se sana derrepente y hace de su cruz un trono en que resplandezca con fulgores celestiales y toda la grandeza de la magestad de un Dios? Nada de eso. El no opone á tanta avenida de penas y tormentos otro escudo ni otra arma que la virtud; pero una virtud cual correspondia al Hombre Dios: una virtud capaz de superar males superiores á las fuerzas humanas: una virtud llevada á tal grado de perfeccion, que solo á Dios puede ser conocida, y de que no es capaz de formar idea la inteligencia del hombre ni del ángel: su obediencia, su conformidad, su humildad, su paciencia, su mansedumbre, su fortaleza, su caridad, y todas sus virtudes brillan en él de un modo el mas grandioso, y puestas á la mayor prueba que pudo darse jamas, se acreditan tan propias y solas del hombre Dios, que otro alguno jamas pudo tenerlas semejantes, pues él las posee por naturaleza y los hombres por gracia: en él residen con toda plenitud, y en los hombres por partes: él las ejerce todas á un tiempo y en suma perfeccion, y los hombres solo pueden imitarlas segun su capacidad, que dista infinitamente de la de Cristo. ¿Quién puede, pues, dudar que aun solas las virtudes de Cristo en su Pasion hacen que en él reconozcamos al Hijo de Dios?

Considera que esta plenitud de santidad y virtud era muy correspondiente á aquel que en su oblation y sacrificio ofrecia en si



mismo una víctima sagrada capaz de desarmar toda la ira del Dios del cielo, irritado por los pecados de los hombres: era tambien muy correspondiente al sacerdote Eterno y Pontífice sumo de los bienes eternos que por el amplísimo y perfectísimo tabernáculo de su cuerpo, y por la sangre verdaderamente divina de sus venas entraba una vez al Santa Sanctorum de la divinidad misma, para inmolarse á sí propio y obrar con este sacrificio la redencion de los hombres. Entróse dentro de sí mismo: llegóse este Hombre á un corazon alto, á un corazon secreto, que encierra en sí mismo la divinidad; y Dios fué exaltado; pues en este centro, en este sagrario en que Dios oye y habla, ajusta el soberano mediador las paces entre el cielo y la tierra, forma una nueva alianza entre Dios y los hombres; escribe, sella y consagra con su sangre el Testamento nuevo que da á los hombres por herencia el reino de los cielos, mediante el pacto de la nueva alianza que hace de los hombres la posesion de Dios, su viña, su heredad, su pueblo, la nacion de sus hijos, hijos de adopcion de Dios, hermanos de Cristo que es su Hijo natural, sus coherederos en el reino de los cielos, herederos de Dios, coherederos de Cristo; cuya piedad es tan grande, que para que este testamento valga y tenga su verificativo, muere en la misma cruz con muerte verdadera, á fin de que, sucedida la muerte del Mediador divino del Testamento, logren los llamados á la eterna herencia la promesa que de ella se les hace, ya que por el mismo sacrificio han sido redimidos de sus antiguas prevaricaciones. ¡Oh Dios, y qué misterios! ¡Oh muerte de Cristo, y qué fructuosa eres! ¡Oh obra de Dios, y qué bien haces conocer la divinidad de tu Autor! ¡Oh mortales, hijos de Adán, y qué bien habeis sido reparados por el fruto del árbol de la cruz, triaca del veneno que manó para vosotros el mortífero fruto del árbol vedado! ¡Ah! que el fruto de la cruz os enseña la ciencia del bien, ya que aquel desgraciadamente os hizo saber la ciencia del mal.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

¡A quién me dirigirá en esta hora terrible en que el cielo se ha hecho de bronce? ¡A quién clamaré en este fatal desamparo en que el mismo Hijo de Dios ha probado la desolacion mas amarga de parte de su Padre celestial? ¡Quién me oirá en el Calvario, que solo deposita un cuerpo sangriento, divino sí, unido hipostáticamente, á la divinidad; pero difunto, sordo á mis voces, y que no recla-

ma ya en esta hora mas que el obsequio de la sepultura? ¡Me oirá la Madre llena de dolores que ha perdido en su Hijo la lumbre de sus ojos y llora su orfandad desventurada? ¡Ah! yo tengo quien me oiga: la imagen de Jesus me ha quedado como única esperanza: ¡la cruz! ¡la cruz! signo sagrado que perpetuamente abre para mí sus brazos de bendicion y de salud. ¡Oh, salve, cruz preciosa consagrada con el cuerpo, esmaltada y bendita con la sangre de mi dulce Jesus! ¡Ah! ¡dónde está el que honraba tus tendidos brazos, extendiendo sobre ellos los suyos divinos á un pueblo que no le creia y que le contradecía? ¡Oh! tú fuiste su lecho de dolores, su cama de tormentos: en tí penó, en tí vertió su sangre, en tí murió, y murió afrentosamente; mas no por eso huye de tí; porque él te hizo su trono de gloria, su carro de triunfo, su cátedra de sabiduría, su signo de defensa y proteccion para el hombre, esendo y arma contra el enemigo, é imagen expresiva del Dios de amor que muere por salvar á los hombres. A tí, pues, me dirijo, ó cruz salutifera, para que por tí me reciba quien por tí me redimió.

#### JACULATORIA.

Salve, ó cruz, única esperanza.

#### LECCION.

*Sobre la pasion de Jesucristo en el Calvario.*

“¿Qué cosa, dice San Bernardo, hay tan eficaz para curar las llagas de la conciencia y purgar el alma del pecado, como la continua meditacion en las llagas de Cristo? Tres cosas, nos dice el mismo Santo, debemos meditar en la pasion del Señor: la obra, el modo y la causa. La obra es la paciencia; el modo, la humildad; y la caridad la causa.” Estas tres virtudes son las fundamentales sobre que se levanta el edificio de la virtud. Al amor y conocimiento de Dios nos eleva la caridad: el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra miseria y bajeza nos enseña la humildad, y á la absoluta resignacion en la voluntad divina nos somete la paciencia. La grande obra de la vida espiritual y cristiana está apoyada en estos tres puntos. Así es que en la leccion y meditacion de los padecimientos de Jesucristo tenemos un continuo auxilio, no solo para conservar las tres virtudes indicadas, sino para aumentarlas diariamente. Por lo mismo los místicos y maestros de espíritu na-



da recomendando tanto en sus obras como la continua presencia de la pasión del Salvador. Esta vida mortal está rodeada de peligros y tentaciones; ¿cuál de ellas podrá presentarse contra la que no encontremos un antídoto en los tormentos del Salvador? ¿Podrá divertirse en malos pensamientos el que tenga continuamente en el suyo los agudísimos dolores que la corona de espinas causó en la cabeza de Jesús? ¿Alimentará en su corazón el menor rencor á sus enemigos el que tenga siempre presente el corazón purísimo de nuestro Redentor traspasado con una lanza por amor á los hombres ingratos? En aquellos instantes de desfallecimiento, acaso más terribles que las más fuertes tentaciones, cuando nos parece que estamos desamparados de Dios y de los hombres, oiremos á Jesús quejarse del mismo desamparo, y al momento cobraremos fuerzas y valor. Si el enemigo de nuestras almas, causado de combatirnos inútilmente con varios géneros de tentaciones, trata de agobiarnos con el peso mismo de nuestras culpas, é inducirnos á la desesperación, ¿quién le dará entrada al ver la generosidad infinita con que Jesús á la primera insinuación del ladrón feliz que estaba padeciendo á su lado, le abre de par en par las puertas del cielo? Es en efecto, católicos, la cruz el libro grande, el libro divino, el libro sapientísimo en donde encontramos cuanto puede pedir nuestro deseo, para diriginos, conservarnos y aprovecharnos en la vida espiritual. Y si todos los días, todos los instantes debemos dedicar á la lectura de este precioso libro, con mucha más razón hoy en que con la sangre de Jesucristo se escribieron en la cumbre del Calvario los últimos renglones. Continúemos por tanto la lección presente, tratando de la pasión de nuestro divino Maestro.

Contemplemos, pues, su cuerpo sumergido de nuevo en un océano de tormentos y dolores; ya los verdugos lo desnudan segunda vez, y á fuerza de golpes abren de nuevo en su sagrado cuerpo con un tormento excesivo todas las llagas que abrieron por la primera: le dislocan brazos y miembros, tirándolos con violencia para hacer que lleguen sus sagrados piés y manos á los taladros que abrieron en la cruz: el monte Calvario se estremece todo á los golpes del martillo para clavar con agudos clavos los piés y manos de Jesús; el Hombre de dolores queda extendido y clavado en el madero donde vierte un diluvio de sangre, diluvio saludable que renueva la faz de la tierra.

¿Y será posible que un cuerpo tan santo, tan justo y tan puro

haya padecido tan grande multitud de tormentos, tan extraña variedad de suplicios, tantos y tan imponderables dolores? ¿Es posible que haya sido necesaria una paga tan rigurosa por parte de aquel que solo por amor se encargó de todas nuestras formidables deudas? ¿Es posible que un Padre tan tierno y tan amoroso haya permitido que un Hijo tan amado, pasara por este bautismo de sangre y bebiera el cáliz amargo de tan dolorosa pasión? Si, lector cristiano, todo lo ha hecho posible el amor. Esa alma afidiga hasta el último extremo, se ve también desamparada de su Dios; de suerte que la luz increada, fecunda de alegría y regocijo, se cambia para Jesucristo en un manantial doloroso de tristeza y aflicción. Su alma santísima ve á su Padre y á su Dios; pero este amable Padre se muestra ahora como insensible á sus males, y solo se deja ver como un Dios justiciero y vengador. Jesús en este día ya no es aquel Hijo muy amado, aquel tierno objeto de sus más apetecidas delicias y amadas complacencias; su Padre ya no pone sus miradas de ternura y compasión sobre ese Hijo paciente: él le mira como á un pecador responsable de todos los delitos del mundo. Clavado en la cruz, abrumado de males y dolores, sumergido en torrentes de sangre y de lágrimas, siente todo el peso de la justicia eterna y del más tormentoso desamparo. Desde el profundo abismo de sus males alza su voz moribunda y se queja á su Padre, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* ¡Deplorable estado! ¡Situación lastimosa! ¡Extremo de humillación y de amargura! La justicia divina condena al Hijo más amado: él paga con su sangre y con su vida la pena del pecado. La inocencia y la santidad sufren la pena que corresponde á la iniquidad y á la culpa. El Hijo muere en lugar del esclavo: arroja el último suspiro confundido entre los facinerosos; muere un Dios, y muere con la muerte más cruel é ignominiosa.

Quando contemplamos en este artículo de nuestra fé, el corazón se estremece, el discurso se agota, y nuestra inteligencia se halla como sumergida en un caos espantoso. ¡Morir el inmortal! ¡Espirar el Autor de la vida! ¡Separarse realmente la alma del Hombre Dios de su cuerpo sacratísimo y descender á los infernos! ¡Quedar su cuerpo hecho verdadero cadáver, yerto, sin sentido, sin acción, sin movimiento, sin vida diríamos de una vez, aunque sí unido á la divinidad! ¡Quedar colgado del madero, lleno de heridas, cubierto de sangre! ¡Y en tan triste situación ser aún insultado de



nuevo por un impío y desnaturalizado sayon, que enristra la lanza y atraviesa su costado, abriendo una ancha herida en el corazón mismo de Jesús! ¡Ah, que cuando el padre San Bernardo contempla esta lastimosa catástrofe, no puede ménos de dirigirse al Padre Eterno, y recordando el pasaje en que los hermanos de José envían á su padre la túnica de éste teñida en sangre, diciéndole: Mira si es esta la túnica de tu hijo; no puede ménos, repetimos, de exclamar, diciendo: "Mirad, ó Santo Padre, desde el alto cielo en que habitas: mirad esta hostia sacrosanta que os ofrece nuestro gran Pontífice el Señor Jesús, tierno y delicado Hjo tuyo, por los pecados de sus hermanos; y aplaca ya tu indignacion divina. Conoce, ó Padre, la túnica de tu Hijo José. ¡Ay! una fiera sangrienta lo ha devorado, y en su furor holló su vestidura: mira esas cinco heridas lamentables que en ella ha abierto la crueldad de este monstruo." A la verdad que un objeto tan lastimoso no debia separarse un momento de nuestra memoria y de nuestro corazón; sino ántes entrarnos mas y mas en él, y lanzarnos con una santa osadía al profundo de este adorable misterio. He aquí el saco de que habló el Señor por su Profeta, cuando por boca de este dijo á su Padre celestial: *Rompiste mi saco, y me circundaste de alegría*. Una humanidad mortal y pasible, ó por mejor explicarnos, la pasibilidad y la mortalidad eran verdaderamente para el Dios del cielo un saco de que estaba cubierto: rompióse por las heridas y tormentos que abrieron puerta á la efusion de su sangre, precio de nuestra redencion, y á la resolucion de su vida mortal, de que realmente se ve privado por una muerte verdadera; y la resurreccion circundará bien pronto de gloria y de alegría al que se levanta ya del sepulcro inmortal é impasible, y ceñido con la corona de las almas santas y justas que se le dan por premio de su sacrificio. ¡Oh Dios, y quién podrá contemplar todo lo que encierra este augusto misterio! Apresurémonos, dice San Pablo, á entrar en aquel descanso á que nos ha abierto la entrada la muerte de Cristo. Viva y eficaz es la palabra de Dios, y mas aguda y penetrante que espada de dos filos: ella toca hasta la division del alma y del espíritu.... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. No hay una criatura invisible á sus ojos: todas están desnudas y manifiestas á la vista de su Dios. Y bien, santo Apóstol, ¿para qué nos previenes con una salva que llama tanto la atencion? ¡Ah! para hacernos conocer que tenemos en Cristo un gran pontífice que penetró los cie-





El Alma y Divinidad de Cristo en el seno de Abraham.  
DESCENDIDO á los infiernos y sacó las Almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento.

los, á quien debemos confesar Hijo de Dios; pero Hijo entregado á los tormentos y á la muerte, y tentado en todo por semejanza sin pecado. No tenemos, pues, dice el Apóstol, un Pontífice que no pueda condolerse de nuestras miserias y de nuestras enfermedades. Con sus padecimientos y su muerte nos abrió el camino á la reconciliación, y su corazón está dispuesto á librarnos de los males de culpa que nos aquejan; males de culpa que tomó sobre sí para expiarlos por nosotros en el madero de la cruz. ¿Qué, pues, puede impedirnos para que nos acerquemos ya con confianza al trono de la gracia: para que alcancemos misericordia, y hallemos una gracia que nos socorra oportunamente con sus auxilios soberanos? He aquí el fruto de la pasión de Cristo: he aquí el descanso á que se nos convida. Salgamos ya del afán y agitación de las pasiones: dejemos de correr tras de una sombra vana que huye delante de nosotros: suspendámonos para no precipitarnos en el abismo del pecado; busquemos, en fin, el verdadero descanso del alma y del corazón, y para ello muramos con Jesús: muramos al mundo; muramos á nuestras pasiones; muramos á nosotros mismos, para que solo vivamos para Dios, y muertos á lo temporal y á lo visible, nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios.

### Sábado Santo.

El Sábado santo se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los días mas solemnes, aun ántes que se hubiesen anticipado los oficios de la noche del Domingo de pascua al día precedente. El oficio del Sábado Santo es propiamente la continuación de las exequias del Salvador, y particularmente de su sepultura. La Iglesia está metida todavía en su gran duelo. Su profundo silencio, y el no ofrecerse en este día el divino sacrificio, á imitación del Viernes santo, todo esto denota su grande aflicción. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, y en venerar en este día el misterioso descanso que guarda Jesucristo hoy en su sepulcro, y al mismo tiempo su bajada á los infiernos, es decir, á los lugares mas bajos de la tierra, segun San Pablo. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamas se separó la divinidad, como tampoco de su adorable cuerpo, el cual fué puesto en el sepulcro luego despues de su muerte; esta alma santísima bajo efectivamente á los lugares mas subterráneos, donde triunfó de los demonios que acababa de